



BEATNIKS EN MADRID

No protestan. Se tumban. Mike Wells abre una novela de A. Huxley. Son las doce de la mañana. Mike está senlado en la postura ideal. Nadie sabe sentarse mejor que un beatnik en una acera, en una cuneta o en una silla metálica como estas de la terraza de la Cervecería Alemana, plaza de Santa Ana. Los pies desnudos posan sobre la arena. Tiene algo de playa esta terraza a donde han llegado como náufragos estos muchachos de jerseys altos y de pelo largo y estas muchachas con pantalones negros y cazadoras masculinas. Vienen de San Francisco, de Nueva York, Londres, Estocolmo. Dentro de doce horas seguirán aquí o, mejor dicho, en el interior del bar, sobre los mármoles rectangulares, muy apretados, como para darse calor y, dentro de unos **SIGUE**



Arriba, los cuatro beatniks expulsados de nuestro país, a su paso por Madrid. La Gran Vía atrae a un beatnik solitario (foto de la derecha) que ha decorado su mochila con los escudos de las ciudades que ha visitado. En la página de al lado, abajo, J. Wayse, estudiante norteamericano, pidiendo una ayuda para poder comer, y, arriba, varios compañeros suyos, un poco a la deriva como siempre, por las bocacalles de la plaza de Santa Ana.

días, habrá otras caras porque ningún verdadero beatnik aguanta más de tres días en una misma cama y en una misma ciudad. Madrid es sólo una etapa en la ruta del sol, hacia el Sur.

Ha llegado John F. Moffit y ha dejado sobre la mesa, junto al vaso de cerveza de Wayne Morgan, un pantalón doblado, sin decir nada. Wayne tampoco ha dicho nada; se ha limitado a mirar dulcemente a John y luego ha metido el pantalón dentro de un bolso de asas. Wayne trabaja a veces, cuando está sin una perra, de cargador de camiones, de peón, donde puede. Ahorra y tira con lo ahorrado de una forma milagrosa. Algunos dan sangre. Al buen burgués le intriga de qué viven. Se les achaca fumar marihuana. Se les carga todos los vicios, todos los tabús y el público de la mañana y el de la tarde se ha sentido aliviado cuando ha leído la noticia de que cuatro «beatniks», cuatro indeseables, han sido expulsados del país; el mismo alivio que se siente cuando se revienta un grano.

Ellos me tendieron el periódico mostrándome las fotos de los expulsados. Les habían conocido aquí en Madrid. La chica y uno de sus compañeros durmió en la Casa de Campo el día que llegaron. «Por qué?, ¿qué han hecho para que les echen?», me preguntan. En la calle se comenta: «No les quieren ni en Francia».

Sin embargo, estos muchachos representan la diezmillonésima parte del vicio existente. Su fallo está en que lo exhiben.

Sally fuma un emboquillado. Lleva una blusa escotada en redondo, en un redondo generoso que si no afecta a los «beatniks» atrae al público indígena que ahora —cierre de los comercios— llena la plaza. Una media luna formada por el botones moroso, el pueblerino atónito, los quinceañeros ojerosos, el probo comerciante, se ha instalado frente a Sally. Pero ella y sus compañeros siguen inmutables, pierna sobre pierna, sin preocuparse de los mirones; más aún, es ahora cuando se sienten «beatniks», es decir, diferentes. Sally se agacha para ajustarse un zapato y la media luna de mirones se inquieta. «Esto levanta la moral a cual-



BEATNIKS



SIGUE

HAGA PERFECTO SU TE... para tomarlo como se quiera: solo, con leche o con limón. Usted sólo necesita té LIPTON... y la medida adecuada de agua hirviendo, porque LIPTON le hace el mejor té en cualquier tetera. LIPTON consigue el té perfecto seleccionando hasta 30 clases de té diferentes, que son hábilmente mezcladas para obtener... el té de supremo sabor y aroma que usted prefiere. Por eso, LIPTON, el té que más se toma en el mundo, es -también para usted- el té que **HACE PERFECTO SU TE.**



por supuesto...

LIPTON

se vende donde usted compra



quiera», se dice. Me da la impresión de estar en una pequeña plaza de toros y que Sally es el toro, acorralado. La fiesta sexual. Pasan dos mujeres de negro y se quedan mirándola: «¡Marrana!». Uno de los muchachos sentados en el banco de piedra comienza en tono confidencial: «Yo estuve hace dos años en la Costa Brava...».

Nosotros, quiero decir, los españoles, que habíamos vestido después de la guerra el uniforme de mil rayas y, años después, el de gris merengue y siempre calzamos zapatos segarra, hemos aprendido la audacia de las camisas de colores de los turistas americanos y la elegancia de los zapatos de boxcaif de los ingleses. Pero ahora, de repente, nos encontramos con otra especie de turista que no viene encuadrado por Meliá o Marsans, que no levanta obedientemente la cabeza a la indicación del cicerone ante la fachada barroca, que en vez de maletas de cuero trae una mochila, que calza sandalias y no conoce el peine. ¿Quiénes son estos muchachos y qué desarrollo tan extraño es el de su país? Amor a la pobreza. Un insólito «american way of life».

¿ha visto alphaville?

Wayne Morgan tiene 19 años. Nació cerca de Nueva York y lleva dos años rodando por el mundo. Lee a Salinger y Kafka cuando trabajaba en una oficina; ahora no puede leer el periódico porque no tiene dinero.

—Tenía dificultades. No resistía las formas de vida. Me encontraba inseguro. Quiero encontrarme en alguna parte.

No pretendáis seguir adelante. W. M. no dirá mucho más. Queda con la mirada fija y las manos juntas. John, en cambio, es más teórico. Me dice: «¿Ha visto usted Alphaville?».

John F. Moffit no es propiamente beat. Se encuentra bien entre ellos y les busca. En realidad hace su misma vida. Ha terminado los cursos monográficos de Filosofía y Letras y acaba de entregar su tesis sobre el Manierismo. Es de San Francisco, donde Ginsberg publicó «Howl» (alarido), la carta poética del movimiento beat de la que se agotaron en poco tiempo 100.000 ejemplares.

—El «beatnik» se rebela contra una sociedad deshumanizada que pretende encuadrarlos. No la encuentra un sentido y no se deja encasillar. Ha perdido la fe y se vuelve hacia formas más elementales. Es un hedonismo o un existencialismo. Se busca la felicidad en lo inmediato, en el amigo nuevo, en la aventura de mañana, en una nueva ciudad.

—¿Y la política?

—La política —me dice un sueco de barbita cuidada, de chivo— es una forma más de vida y por tanto rechazable. Todo es lo mismo.

(Decía Peterson, otro poeta beat: «Lo único que hay que hacer es encerrar a los jefes, desnudos, en un estudio de TV durante un mes y obligarles a hablar en público hasta que descubran el significado de sus actos».)

A Mike Wells y a Noth Bleich no les interesa la teoría. Beben en la mesa de al lado su botellín y mantienen la cara levantada para recibir mejor la bendición del sol. No dirán en toda la mañana más de diez palabras. También son norteamericanos y los dos tienen 21 años.

a cualquier parte

Han bajado de un tren cuyo destino desconocían. Se han apeado de la civilización. Van a pie —¡qué delito!— en este siglo.

—No me interesan los «comics», ni el Pentágono, ni las máquinas tragaperras, ni los artículos de Walter Lippman. No quiero que se preocupen por mí, no quiero la pequeña felicidad que me han preparado. Algunos nos miran como a chiquillos a los que les vendría bien una buena paliza. Sé que hay cosas importantes, por ejemplo, decir que no a las armas nucleares. Yo he participado en manifestaciones pacíficas y mis compañeros de Universidad lo siguen haciendo. No es que seamos unos cobardes. A mí no me da miedo ir a pegar tiros en Vietnam; lo que sucede es que no sé qué hacemos los americanos en Vietnam.

BEATNIKS



Para el indígena, el beatnik es un espectáculo. Sorprende, sobre todo, la presencia de la mujer entre ellos.

—¿A dónde vas ahora?

—A cualquier parte. ¿Es que me necesitan en algún sitio? Quizá un día me dedique a escribir.

En auto-stop han llegado desde Hamburgo, Wolfgang Buveryl y Franz Peter Heyrer, de 24 y 20 años. En Barcelona consiguieron mil pesetas pintando en las calles y en Valencia trescientas. La Policía les prohibió tocar la guitarra y cantar.

—En Alemania nos permitían cantar en la calle, pero molestábamlos porque la gente no soporta la pobreza que hemos elegido. La gente cree que vamos desafiando con nuestro pelo y nuestros ves-

tidos. No buscamos lo espectacular, nos ponemos lo primero que encontramos o lo más barato o lo práctico.

W. ha dejado de hablar. Ha sido mucho para un «beatnik». Generalmente, el «beatnik», cuando habla, pregunta. El mismo es una pregunta lanzada a una sociedad en superdesarrollo y un desafío. Antes de culpar al «beatnik», la sociedad tiene que golpearse el pecho.

C. ALONSO DE LOS RIOS

(Reportaje gráfico de GIGI)